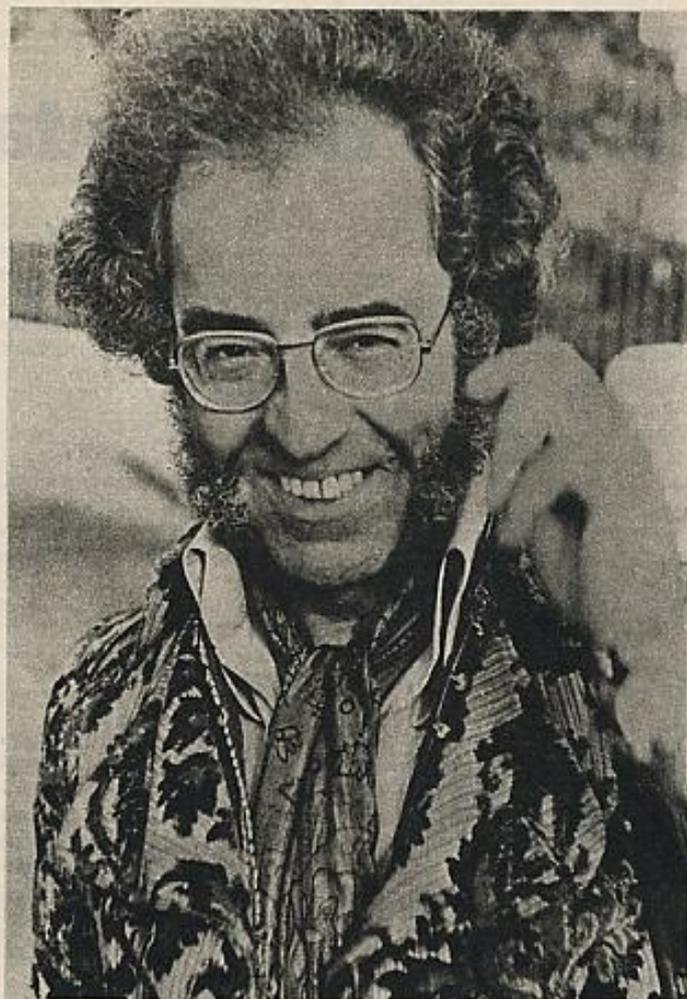


● NCE años alejado de la cátedra y siete fuera de España. Este irónico desterrado que no cree en las patrias, este paradójico maestro que sólo enseña a olvidar de memoria, este sabio especialista en el no saber, este revolucionario de tendencia presocrática, este fascinador cuyo imposible designio es ayudarnos a despertar: Agustín García Calvo, de nuevo en la vieja Facultad de Filosofía, tomando vinos por Princesa —sigue fiel exclusivamente al blanco— o mirando con suave reprobación de desplazado el lejano perfil de la sierra. Estuvo a punto de dar sus primeras clases sin que nadie se enterase siquiera de que había vuelto a España. "Ese señor está en París", contestaron en la Secretaría de la Facultad al alborotado mentor de televisión que llamaba para preguntar por él. Pero no, no estaba en París. Estaba dando tranquilamente clase en su aula, sin recepción oficial ni contra-oficial, sin más auditorio que sus alumnos de primero, sin haber caído en la trampa de la arenga, ni en la de la reconvencción o el memorial para príncipes. Ha ganado el primer "round" contra la política.

Agustín, que tengo que escribir algo sobre tu vuelta; a ver si me dices qué coño quieres que ponga. Y Agustín me dice que a ratos está un poco desanimado, un poco aplastado por la institucional vaciedad académica: "Es tan mala y deprimente como yo sabía que era...". Y luego, el jaleo ese de España o, como dice la cursilería mentecata de la oposición, del "Estado español". "Que no vayan a creer que esta desazón al volver a España es algo así como nostalgia del paraíso democrático que bosteza a orillas del Sena, que no vayan a creer que encuentro a España poco 'progresada' o algo por el estilo". Poco más o menos, todo lo contrario. Por la vía del desencanto (liba a poner "desencanto", pero desde lo de la familia Trapp no hay quién toque la palabrita), uno puede sentirse ayudado al ser forastero. "Tenía como un doble mecanismo lingüístico —dice Agustín—. Usaba el español para las discusiones de la "Boule d'or", para el trato con los amigos; luego le daba a cierto dispositivo mental y conectaba el francés, para ir a la compra, para dirigirme al camarero, para todo lo de la vida cotidiana. Esto subrayaba en cierto modo el radical extrañamiento que nos separa de la vida que nos hacen vivir. Aquí me choca oír hablar español en las tiendas, en el bar, en la calle; parece como si por ese simple hecho todo tuviese que afectarnos más y uno tuviese que sentirse más concernido, más solidario con la miseria vigente". Bueno, las palabras son más, porque estaba tomándome unos



Agustín vuelve a España

sesos rebozados y no me apetecía coger apuntes en la servilleta, pero me parece que la sustancia de lo dicho por Agustín es más o menos esa. Agustín no comía sesos, sino trucha: las vísceras le están prohibidas por un misterioso tabú cuasi-religioso. Quedamos, pues, en que ser forastero tiene sus ventajas: sobre todo, por lo tocante al circo político. "¡Hay que ver la de tiempo que está perdiendo la gente dando vueltas a eso! Pero, en fin, tal como están las cosas habría quizá que intentar desmontar un poco esos tópicos, discutir las mandangas esas de la democracia que se nos traga...". Hablamos de la coñez por afiliarse, de la fiebre del carnet. "La gente quiere que la fichén, pero que la fichén para bien, que la ordenen. Cada cual se dice: ¿y yo dónde me meto? Porque en algún lado hay que meterse. La organización lo es todo. No se confía en ninguna de esas cosas más o menos humildes que reúnen acríticamente a las personas: afinidades, simpatías, preferencias o vicios compartidos, ganas de jugar... La obsesión por la organización nace del pesimismo más irredimible, del pesimismo sobre el

hombre que tienen los optimistas en política...". Ya digo que yo no tomaba notas, que hablo de memoria: pero por ahí, por ahí iba la cosa...

Volvimos luego a darle vueltas a la desgracia académica, que es, después de todo, la que ambos conocemos mejor. A partir de 1968, abiertamente —y desde bastante antes en proceso larvado—, el gran secreto de la Universidad es que no existe. A los profesores nos pagan por disimular ante los alumnos tan incómoda desaparición. Ni hay formación universal que repartir o recibir, ni hay pedagogía más que en el sentido netamente instrumental de la palabra, ni hay investigación sobre nada que no sea pura repetición de lo que ya impera, ni siquiera hay puestos de trabajo para el enjambre de ilusos pacientes a los que nadie se atreve a negar el derecho a recibir una calidad gloriosa —universitaria— que ya nada significa. Fuera del adiestramiento en ciertas técnicas, la cada vez menos soterrada búsqueda de la especialización que abaratará costes y la doma por diversos medios —antes más bien palo, ahora más bien zahoria— de los impulsos menos

sumisos que la gente suele llevar dentro, de la Universidad sólo queda el entretenimiento ritual de los exámenes y el encauzamiento de tiempo y energía potencialmente peligrosos que por esa vía se logra. Agustín fue un adelantado en diagnosticar esto, que hoy es ya lugar común para los más avisados sociólogos de la educación. De todas formas, los progresos del morbo no por previsibles dejan de ser impresionantes y Agustín me insiste en su frecuente desánimo ante el papel que a uno le cabe jugar en tal tinglado. No creo que la estereotipada ducha política que riega desde fuera las meninges del sufrido público estudiantil para llenar el vacío que separa la fecha de matrícula del día del examen contribuya precisamente a levantarle el ánimo. Y, sin embargo, es allí donde estamos condenados a debatirnos, en espera de que algún día de la fábrica de lo Mismo salga por sorpresa lo Otro...

¿Y Madrid? ¿Cómo has encontrado Madrid? ¿Y Zamora? ¡Ay, Zamora, la Zamora terrena, que no la celestial Zamora liberada! El pobre Agustín no se me repone de la impresión que le han causado las "transformaciones urbanísticas" que ha sufrido su Zamora. "Hay que luchar contra la idea de que todo eso es necesario, los bloques de mil nichos para ir semimuriando la vida, los faraónicos hipermercados, todo lo que degrada lo acogedor, lo que almacena a los hombres sin acercarlos... ¡Nada de eso es necesario, aunque puede que termine siendo irremediable!". A fin de cuentas, la sumisión a lo necesario —a la necesaria proclamación de lo necesario— es el rostro mismo del Enemigo, en urbanismo y en todo lo demás. Se me acaba el papel, Agustín, y todo lo que he puesto aquí es más o menos negativo, bastante triston. Ya sabes que la gente suele querer que la jaleen, que la animen un poco. También esperan eso de ti, no te vayas a creer, a pesar de que bien claro lo dejaste dicho una vez:

"¿Por lo que triunfo y lo que lo
[gro, ciego,
me nombras y me amas?: yo me
[niego,
y en ese espejo no me reconozco.
[co.
Yo soy el acto de quebrar la
[esencia:
yo soy el que no soy. Yo no conozco
[nozco
más modo de virtud que la im-
[potencia".

En todo caso, bien venido. Y para lo que se te ocurra, para la charla o para la comedia, para releer a ese viejo griego al que llamaron "el Oscuro" o para el paseo en silencio, ya sabes dónde nos tienes. ■
FERNANDO SAVATER.